

CAPÍTULO 9

Humanismo y Modernidad: límites y alcances

ADRIANA RODRÍGUEZ BARRAZA

EL TEXTO pretende reflexionar sobre algunas nociones de Humanismo y Modernidad en la obra del escritor mexicano Octavio Paz. Respecto a la modernidad, Alain Tourain nos da pie para introducirnos en la noción de Paz.

Cuando Hegel afirma en el prefacio a los *Principios de la filosofía del Derecho*, que *todo individuo es hijo de su tiempo*, nos viene a la mente la figura del poeta Octavio Paz. El tiempo privilegiado que vive y del cual es producto, abarca el siglo pasado y gracias al poder crítico de su circunstancia histórica, forma parte también, de los que abren territorios reflexivos sobre las discusiones respecto al cambio de época. Atisbadas en *El laberinto de la soledad* (1950), donde se da cuenta que el discurso secularizador de la razón ilustrada que sentó las bases sociopolíticas de la modernidad occidental ya no es viable.

Este derrumbe general de la Razón y la Fe, de Dios y la Utopía, no se levantan ya nuevos o viejos sistemas intelectuales, capaces de albergar nuestra angustia y tranquilizar nuestro desconcierto; frente a nosotros no hay nada. Estamos al fin solos. Como todos los hombres.¹

Su muerte en 1998 no le permitió ver el cambio de siglo, sin embargo si pudo ver con claridad meridiana hacia donde nos dirigíamos como Latinoamericanos. El poeta, es capaz de percibir que el arribo de una época distinta a la modernidad precisa dirigirse a ella desde otros presu-

[1] Paz, Octavio: *Obras Completas*. Fondo de Cultura Económica. ja. Edición Barcelona 1993. Quinta reimpresión, México 2004. Tomo VIII p. 177.

puestos, lo deja claro en textos como el *Discurso de aceptación del premio Nobel de literatura, Poesía y fin de siglo, La otra voz*. Inicia, en la transición de un milenio a otro y junto con más autores, el debate del destino de la cultura occidental.

Se distingue por alimentar incesantemente una conciencia crítica que le ayuda a comprender el mundo convulso en el que nace y vive, con el que dialoga en un eterno retorno; de igual modo, defiende continuamente la libertad del hombre encaminada a preservar los valores del humanismo. Libertad que posibilita la defensa de la persona humana y la convivencia democrática. Considera que el humanismo es siempre comprometido y es un lugar donde tiene cabida todo el rigor del análisis crítico.

El escritor, nos propone un neohumanismo cuya finalidad tiene que ver con un intento de rescatar el valor de la persona humana y la reconciliación de los individuos, con la intención de desarmar los materialismos de su época que lo sujetan.

Para Paz, hay que poder preservar tanto el bienestar de las personas como la convivencia comunitaria con los demás, y su propuesta va en el sentido de recuperar el sedimento utópico de lo que, a su juicio, son las dos tradiciones políticas de la modernidad: el marxismo y el liberalismo.

Es propiamente apuntando al ideal del neohumanismo, que se posibilitaría la necesidad de una redefinición sociocultural y el mejor camino es a través de recuperar la subjetividad, aspecto desdeñado por las teodiceas epistemológicas del siglo pasado que dieron lugar a los campos de exterminio en Europa y con respecto al caso Latinoamericano podemos observar las grandes desigualdades sociales con la consecuente migración masiva en condiciones deplorables y el paso ilegal a nuevas fronteras en busca de mejoras.

El autor recurre, en gran parte de sus textos, a encontrar la mediación entre opuestos. Queremos traer a colación el binomio razón e imaginación. Paz logra una dicotomía al invertir el orden de los términos; es así como la imaginación plasmada en la poesía trastoca el orden de lo temporal que la razón le impone, con lo que construye un poderoso *punto de convergencia*, que puede ser leído también como una ideología o forma de utopía que permite el equilibrio entre la imaginación (poesía) y la razón (el tiempo lineal implacable y rígido). El poema, bajo este prisma, congrega en su interior pasado, presente y futuro, lo que llama su *transhistoria*.

El planteamiento de los problemas sociales actuales y las posibilidades de solución vienen, para Paz, de la mano de la imaginación; esta ruta marcada por el poeta y subestimada por ingenua y pueril por otros autores, se apoya en, precisamente presentar idealmente una cosa, puesto que las propuestas venidas de la racionalidad moderna unidireccional no han dado cuenta de la complejidad del problema y por lo tanto de su mejora. Así la poesía se convierte en la otra voz que mediante su ejercicio puede hacernos llegar vías alternas de solución a las problemáticas relacionadas en primer lugar con el hombre mismo, su hábitat y la vida en común con los demás. Centrarse en un humanismo a la altura de los tiempos actuales, pareciera la alternativa; hace reiterados llamados a los jóvenes en ese sentido. Las ideas sobre la historia y el tiempo, consideradas por esas dos utopías antes mencionadas, la marxista y el capitalismo neoliberal, miran, para Paz, hacia el futuro o a un presente virtual, virtualidad que lo hace inasible colocándolo igualmente en el futuro. El futuro como tiempo engañoso que repite continuamente *todavía no es ahora*, y que nos niega. Lo que las personas quieren, lo quieren en el presente. El que *construye la casa de la felicidad futura edifica la cárcel del presente*².

Atendiendo al presente conviene repensar desde America Latina la creación de democracias y mecanismos jurídicos para lograr también la autonomía tanto en lo individual como colectiva, encontrar el modo de lograr satisfacer el sustento y la seguridad. Cuestiones que no pueden esperar al futuro que repite *todavía no es ahora*.

Paz lo tiene claro cuando apunta que el aporte de los intelectuales es ofrecer otras rutas liberadas también de las historias oficiales, de lo políticamente correcto y de las fosilizadas burocracias mediáticas y administrativas.

Al igual que el sociólogo alemán Habermas, mantiene una postura crítica hacia la ilustración con el fin de recuperar su contribución; en el mismo sentido con respecto al humanismo, la recuperación se dirige al hombre mismo. Una de las problemáticas proviene, a su entender, de que la ilustración y el humanismo del renacimiento con sus proyectos agotados se unen a una falta de comprensión crítica de nuestro tiempo, en parte comprendida por no tener aún perspectiva histórica. Ambos autores se inclinan por una modernidad ilustrada.

En relación con la idea de modernidad, el texto *La sociedad multicultural* a la que hace alusión Alain Touraine, será el punto desde el que,

[2] Ibidem p. 303.

llevaremos nuestras ideas para analizar la noción de Modernidad en Paz. La obra y vida de este escritor mexicano señala cómo y por qué la Modernidad no es, ni podrá ser un periodo de la historia cerrado sobre sí mismo; sino al contrario, un punto infinito de partida para considerarla desde la perspectiva del mestizaje, de la combinación, del cruce de diversos lenguajes, culturas y mundos.

Es decir, Modernidad y mestizaje será otro factor, tal vez el más importante a la hora de reflexionar, como lo plasma el autor francés, en la idea de por sí trascendental (Kant) de si nos está permitido vivir juntos en un mundo irremediamente heterogéneo, donde no existe la globalización cultural sino el mestizaje intercultural que pudiera funcionar como el espíritu, el *Logos* o el vaso que comunica y que nos hace pensar de manera positiva acerca de *un planeta-casa* para decirlo con M. Zambrano, de todas las culturas que han vivido y viven en él. El sociólogo afirma:

Hoy es más urgente criticar el comunitarismo presente e invasor en todas partes, que el sueño de una sociedad racional que provocó desastres igualmente dramáticos pero se disolvió en la abigarrada diversidad de la sociedad de consumo pero más importante aún es criticar lo que las dos concepciones tienen en común: la idea de que la sociedad deba tener una unidad cultural sea esta la de la razón, la de la religión o la de una etnia. Lo esencial, sobre todo, es rechazar la separación, que no deja de agravarse entre la unidad del mercado y la fragmentación de las comunidades. A la pregunta formulada por este libro, cómo podemos vivir juntos, es decir, cómo podremos combinar la igualdad y la diversidad, no hay en mi opinión otra respuesta que la asociación de la democracia política y la diversidad cultural fundada en la libertad del Sujeto.[*Sic*]³

Al respecto, Touraine es muy claro cuando señala que «No hay sociedad multicultural posible sin el recurso a un principio universalista que permita la comunicación entre los individuos y grupos social y culturalmente diferentes»⁴. Contrapone, a su vez, otra necesidad de carácter insoslayable: «Pero tampoco la hay si ese principio universalista gobierna una concepción de la organización social y la vida personal considerada normal y superior a las demás»⁵. Ahora bien, si nos fijamos detenidamente en lo que podría aparecer como dos tesis que se

[3] Cfr. Touraine, Alain. *¿Podremos vivir juntos?* 2ª ed. México: FCE, 2003, p. 174.

[4] *Ídem*.

[5] *Ídem*.

refutan, Modernidad y Postmodernidad, nos daremos cuenta de que en definitiva las dos tesis parten o se yerguen desde la propia filosofía de la Modernidad que reclama, como en el caso de Kant, tanto un principio universal trascendental como un principio de inalienable individualidad o personalidad libre de cada uno de los sujetos.

Y es que el llamamiento o principio trascendental del sujeto moderno como construcción creativa de la vida personal en cada individuo fue tanto en el renacimiento, como en el siglo XVII con Espinoza, en el siglo XVIII con Voltaire, Kant o en el siglo XIX con John Stuart Mill y Nietzsche; el principio de individualidad que nos defiende frente a las aspiraciones «totalitarias» de una organización social en la que la última palabra sobre el ser humano la tuviera el Estado, la religión, el cientificismo o la etnia. En palabras de Touraine: «El llamamiento a la libre construcción de la vida personal es el único principio universal que no impone ninguna forma de organización social y prácticas culturales».⁶

Esta idea tiene su regla interna que posibilitaría la convivencia con el otro, al cumplirse el *a priori* ontológico y político que tal principio encierra y que es el respeto a la libertad de cada persona. A pocos lectores se les podrá pasar por alto el hecho filosófico de la prioridad del individuo frente a la raza o a una determinada cultura. Esto supone el rescate de nuestras tradiciones o circunstancias culturales, es decir, no puede ser un obstáculo para la continuidad del principio trascendental moderno basado en la libertad de cada persona para construirse identitariamente como quiera. También incluye el rechazo y la crítica a un multiculturalismo radical, extremista o fundamentalista, que por su identidad cerrada sobre sí misma se obliga a los individuos sujetos o personas a no poder tener relación alguna con otras identidades, tradiciones o culturas. De esta forma se convierte el mundo en un multiculturalismo; como lo habíamos dicho anteriormente cuando hablábamos acerca de compartimentos cerrados sin posibilidad de comunicación entre ellos.

Esta crítica es pensada por Touraine en la deriva posmoderna del relativismo cultural, así como del fundamentalismo cultural antimoderno, también se convertirá en el puente que nos va a enlazar con nuestras reflexiones sobre la aportación de Paz a la reflexión crítica sobre la Modernidad. Porque, en efecto, el poeta mexicano revela que el estudio de la Modernidad desde México y América Latina no puede hacerse sin llevar a cabo la idea de Ortega y Gasset en las *Meditaciones del Quijote*

[6] *Ídem.*

(1914): «yo soy yo y mi circunstancia; y si no la salvo a ella no me salvo a mí mismo»⁷. Para Paz la Modernidad centroeuropea no es la misma Modernidad que se da en México. El poeta salvará su propia circunstancia histórico-cultural donde hace hincapié en su tradición. En *El laberinto de la soledad* enfatiza:

En nuestro territorio conviven no sólo distintas razas y lenguas, sino varios niveles históricos. Hay quienes viven antes de la historia; otros, como los otomíes, desplazados por sucesivas invasiones, al margen de ella y, sin acudir a estos extremos, varias épocas se enfrentan, se ignoran o se entrededoran sobre una misma tierra o separadas por unos kilómetros.⁸

Sin embargo como bien señala, su propia tradición es un fecundo y heterogéneo laberinto multicultural que lleva impreso en el alma cuando nace cerca de la Ciudad de México en 1914, hijo de andaluza y mexicano cuya educación comienza en Estados Unidos y posteriormente se desempeña en el servicio diplomático mexicano tanto en Francia como en India por citar sólo algunos lugares de su periplo existencial.

La extraordinaria reflexión poética que nos ha propuesto, para contribuir positivamente a la pregunta del sociólogo francés ¿Podremos vivir juntos? Se manifiesta a lo largo de su Obra, no sólo por la riqueza de temas que ha tocado sino fundamentalmente porque Paz ha construido su identidad como si fuera un poeta moderno: no desde el punto de «habitar» una determinada tradición, desde que se nace hasta que se muere, sino «construyéndose» de forma artificial a sí mismo, gracias a las pinceladas de su autorretrato que se ha manifestado a través de las múltiples culturas que conoce a través de su vida. Así pues, la circunstancia mexicana del poeta queda relacionada con el proyecto que señala actualmente Touraine en tanto construcción original de nuestra identidad que se basa no en una sola tradición, raza o cultura, sino en la libertad de cada sujeto o persona para construir un «sí mismo» único e inigualable pero no excluyente, porque su propia trama se basa en la pluralidad narrativa del mundo.

La concepción de la cultura y del interculturalismo basados en un innegable principio universalista incluiría las diferencias culturales sin hacer de cada diferencia un solipsismo cultural, un espacio aislado que

[7] Cfr. Ortega y Gasset, José: *Obras completas*. vol. I. Madrid: Taurus, 2004, p. 757.

[8] Cfr. Paz, Octavio: *El laberinto de la soledad*. Posdata «Vuelta al laberinto de la soledad» México: FCE, 2007, 18 p.

se defiende del resto de las perspectivas histórico culturales; esta noción de la cultura defendida por el autor francés y también, como veremos por Octavio Paz, es atacada por los intercesores del «multiculturalismo radical en nombre de un relativismo insuperable»⁹. El propio sociólogo es quien nos explica la postura de este abismal relativismo enfrentado a lo que los extremistas llamarían producto del liberalismo occidental que goza de amenazar y dominar al resto de las culturas. A juicio del sociólogo francés la crítica está cargada de confusiones:

La concepción que defiende aquí no se identifica con las prácticas dominantes de los países ricos, que definen a los seres humanos a la vez por lo que hacen y por los marcos sociales y culturales en los cuales se forma su personalidad. Se inscribe en cambio en la huella de todos los movimientos sociales desde el movimiento obrero al de liberación nacional y el de las mujeres, que ampliaron la concepción original de los derechos cívicos, defendidos victoriosamente por los revolucionarios de los primeros siglos de la Modernidad, a la conquista de derechos sociales y culturales. Reconoce además que el peligro más grande, el totalitarismo se define como la búsqueda de la homogeneidad cultural, la ortodoxia cultural o la pureza étnica, y por lo tanto como una recomunitarización de la sociedad. Pero también considera que la sociedad de masas, regulada únicamente por el mercado amenaza de igual modo la existencia del Sujeto al destruir o reducir a la condición de espectáculo la diversidad de las culturas. Y afirma que la defensa de la pluralidad social y cultural en los países liberales, así como la revalorización de la tecnología y los nuevos modos de consumo en los países amenazados por el comunismo, actúan a favor de la creación de sociedades multiculturales.¹⁰

Por lo tanto tendríamos que oponernos a la «colonización cultural» y a la imposición de un modo de vida dominante para el mundo entero, pero, a su vez, el sociólogo quiere que tomemos en cuenta el «aislamiento de las culturas» de manera que su razón ya no existe en realidad, pues cuando se oponen sin más «culturas dominadas» y «cultura dominante» no deja de ser en el fondo sino la expresión capital de un «proyecto político autoritario» que, en realidad, se preocupa poco por la tradición.

El ejemplo histórico que trae a colación el análisis de Touraine ofrece para América Latina una valiosa argumentación digna de ser repensada desde cada circunstancia:

[9] Cfr. Touraine, Alain. *¿Podremos vivir juntos?* 2ª ed. México: FCE, 2003, p. 175.

[10] *Ibid.*, p. 175-176.

es así como fracasaron los indigenistas que en diversas regiones de la América Andina quisieron poner en pie un movimiento político de defensa de las culturas indígenas, cuando en realidad es urgente que las poblaciones indígenas puedan manejar, dentro de instituciones democráticas, sus intereses culturales y económicos.¹¹

En línea con lo que afirmamos que es tan necesaria la ontología de la diferencia como un principio universalista que posibilite la fluidez en la dinámica del interculturalismo, no es de extrañar que el autor francés señale como algo negativo aquellas teorías y prácticas culturales que vienen a incrementar la diferencia entre «sociedad y comunidades», «economía globalizada y culturas aisladas». Es negativo porque a la postre conduce a la destrucción de ellas mismas, a la violencia social y, por supuesto, a las distintas aventuras autóctonas que no pueden tener como sentido y estructura social otra posición inamovible que la del autoritarismo.

Si nos fijamos en todo el planeta países ricos y países pobres, países opuestamente complementarios, por ejemplo la singular relación que se da entre Estados Unidos y México respecto de la mano de obra mexicana en territorio norteamericano; esto no se trata de hacer más insondable la diferencia entre ambos países; a juicio de Touraine se trataría, en otras palabras, de una lucha contra la «fractura del mundo», las «sociedades nacionales» y la vida personal, donde se trata de conjugar en todos sus niveles la «unidad y la diversidad», así también «el intercambio y la identidad», en fin, «el presente y el pasado».

Es significativo este convencimiento racional que quiere defender la diversidad del mundo gracias a la posibilidad del intercambio, lo que no podría hacerse si no tuviéramos la conciencia o el presentimiento de una unidad que hace posible, precisamente, el trueque. Y en definitiva la revalorización identitaria de las culturas asumidas en aras de un fundamento o raíz que las hace tan únicas como excluyentes, solamente nos puede llevar y, de hecho ocurre, hacia la «separación de culturas diferentes». Paradójicamente, tanto los nacionalismos culturales como los fundamentalismos religiosos que vociferan el derecho a la diferencia llevan como destino o meta la homogeneización del ser humano.

La conclusión a la que se llega es la siguiente: la comunicación intercultural es posible si el Sujeto «logra previamente» apartarse de la

[11] *Ibíd.* p. 176.

comunidad¹². El análisis de Touraine delimita aquel problema ontológico y político que en su día la Modernidad de la mano de Leibniz propone a través del binomio unidad-multiplicidad. Problemática filosófica que retoma la fenomenología de Husserl y Merleau-Ponty en ese otro gran binomio finito-infinito que estaría presente en la intencionalidad de la conciencia de cada persona.

Más contemporáneamente será Ortega y Gasset el que sostiene en sus trabajos: *Verdad y perspectiva* (1916)¹³, las *Meditaciones del Quijote* (1914)¹⁴ y *Sobre la razón histórica* (1944)¹⁵, la posibilidad de la reconsideración de la problemática *Unum-Multiplex* en una Modernidad filosófica, literaria y política que quisiera reunir en una síntesis esta problemática que hace ver que cada ser humano, individuo, persona o sujeto es una perspectiva del mundo.

Así como la luz blanca se transforma en un arco iris al pasar por el prisma, igualmente el prisma es cada persona, cada sujeto «como trabajo de combinación, en la unidad de una vida y un proyecto vital, queremos aclarar que no lo dice Ortega sino Touraine»¹⁶, proyecto vital que le obliga a cada sujeto, o a cada «perspectiva» según Ortega y Gasset. El sociólogo lleva a cabo una «acción instrumental y una identidad cultural que siempre debe disociarse de formas históricamente determinadas de organización social»¹⁷.

Estas últimas reflexiones filosófico-sociológicas sobre la identidad de cada persona, de cada proyecto vital nos relaciona con una teoría de la Modernidad según la cual la cultura es la continua recreación e invención sí misma a través del arte que se da entre la razón instrumental y la razón creativa, que hacen de cada persona un fin en sí mismo, un sujeto para cuya realización tendrá que disociarse o escapar de la homogénea instrumentalización que parece latir en cada cultura como tradición completamente totalitaria.

[12] *Ibíd.* p. 177.

[13] Cfr. ensayo incluido en Ortega y Gasset, José, *El espectador*, 4ª ed. España: Editorial EDAF, 45-57 p.

[14] Cfr. Ortega y Gasset, José, *Meditaciones del Quijote*, Madrid: Cátedra, 1984, 247 p.

[15] Cfr. Ortega y Gasset, José, *Sobre la razón histórica*, Madrid: Revista Occidente Alianza Editorial, 1996 223 p.

[16] *Ídem.*

[17] *Ídem.*

A partir de aquí, empezaremos a cruzar el puente que el propio Octavio Paz ha proyectado a lo largo de su Obra como si fuera una metáfora que nos posibilita dejar atrás este laberinto de la soledad de las diferencias culturales, hacia una revalorización de la singularidad de la persona y de la amistad entre las culturas diferentes. Amistad que, en el caso del escritor mexicano, queda señalada en la traducción de distintas lenguas y es la clave del trabajo sin fin de unidad-multiplicidad que confiere la traducción como un puente entre dos mundos, que si bien no logra totalmente conocer el núcleo inexpugnable de cada lengua para los ajenos a ella, si es lo suficientemente cercana para poder aproximarnos, por lo menos que no es poco, al otro, al distinto y al distante, a todo lo que no es idéntico a mí.

A diez años de su dimisión como embajador en India, en 1978, escribe reflexiones políticas de lo más polémicas en *El Ogro Filantrópico*. Insiste a través de la idea perfilada en *El laberinto de la soledad* de 1950 y *Posdata* de 1971 sobre el carácter autoritario del régimen mexicano. El título ya en sí es una paradoja: cómo es posible ser una criatura mitológica que se alimenta de carne humana y además, por extraño que parezca, amar o ayudar desinteresadamente a los demás. El Estado mexicano es visto desde esas dos vertientes, señala que con actitud paternalista, organiza programas para los pobres y a la vez es violento: censura y persigue todo lo que se opone a sus fines a la manera de las dictaduras militares más brutales.

El paternalismo anula a la persona, pues le impide asumir la adultez y la responsabilidad de su propio bienestar. El gobierno es visto también como una máquina que alimenta el populismo con fondos públicos y legitima una clase privilegiada.

Paz hace una revisión de la realidad mexicana, del poder, sus mecanismos de dominación, las clases y sus intereses, los grupos y los caudillos, las ideas y las creencias. El Estado es la causa y la expresión de todos los males, analiza la política desde las distintas perspectivas que le proporciona su pasión crítica. El diagnóstico hecho en este texto lamentablemente sigue siendo válido quizá con algunos matices: analiza las instituciones modernas y descubre estructuras sociales arcaicas que sobreviven hasta nuestros días. La solución vendría en sentido inverso es decir desde abajo por una alianza de participación ciudadana.

En su visión, el proyecto modernizador promovido por los gobiernos de turno convive con fuerzas tradicionales que, contrariamente, frenan dicho proceso. El Estado mexicano vive en sus entrañas una gran

contradicción que no se ha podido o se ha intentado solucionar: la masa de tecnócratas, administradores, y la burocracia profesional comparan la administración pública con los amigos y los familiares del jefe-caudillo-presidente. Indudablemente, el análisis obliga a la reflexión y a la autocrítica hasta nuestros días. Estima que la hegemonía del partido único no constituye una dictadura, a pesar de las décadas en el poder, y destaca como valor el haber dotado de estabilidad al país. No obstante, sopesa que la democratización no puede postergarse más.¹⁸

En el *Ogro Filantrópico* recorre etapas históricas y nos advierte que su descripción es apresurada y esquemática pero no inexacta. En este conjunto de reflexiones señala también que en América Latina, el Estado hereda por una parte el régimen patrimonial español y por otro, hace de palanca de la modernización. En Inglaterra, Francia y Estados Unidos, ésta es obra de la burguesía que dota de fortaleza y robustez a la sociedad. Sin embargo en el caso mexicano desde la época del Porfiriato (1876-1911) se da en sentido inverso: una sociedad débil, con poca fuerza o resistencia y un Estado fuerte. Por lo tanto, la coyuntura de la modernización a diferencia de otros países no inicia por la dinámica social sino por ser una política gubernamental. De este modo se origina y se da a través del Estado aunque éste no haya podido modernizarse, por sorprendente que parezca, pues tiene arraigados fuertemente sistemas patrimonialistas novohispanos donde los vínculos establecidos no son ideológicos sino personales y consanguíneos.

Estas circunstancias, hacen que la Modernidad en México resulte ambigua, se puede entender de varios modos y tiene distintas interpretaciones, posee en su interior claros oscuros que jalonean en sentidos opuestos y que dificultan su comprensión y plantear con claridad un proyecto de nación, en parte por los partidos políticos, la moral patrimonialista y por la corrupción de la administración pública, que si bien no es el fondo, se convierte con el tiempo una formas arraigadas y marcadas de pensar y de sentir.

[18] A la oposición, Paz le reconoce el compromiso con los principios democráticos aunque existan graves limitaciones que hoy se han hecho cruelmente visibles. Estima que no ha llegado al México rural y tampoco ha formulado un verdadero programa de desarrollo. Su debate con la izquierda nunca terminó, Paz se propugnó siempre por una izquierda moderna, democrática y civilizada, sin embargo parte de ésta, en octubre de 1984, quemó su propio busto en Avenida Reforma, como reclamo al su discurso en Frankfurt. Las críticas a la izquierda le valieron enemigos acérrimos hasta el final de sus días. Cfr. Octavio, Paz: *Ante un presente incierto*, septiembre 1988, Obras Completas, Vol. VIII, p. 404.

En toda la sociedad, incluidas sus clases hay una mezcla de rasgos modernos y arcaicos. Como mencionamos, la Modernidad ha sido un proyecto sin terminar y afecta solo a la superficie de las conciencias. Se necesitan democratizar las reformas para que sean efectivas. Para el poeta, el proyecto histórico de los intelectuales mexicanos, el de los grupos dirigentes y el de la burguesía ilustrada pueden condensarse en la palabra modernización (industria, democracia, técnica, laicismo, etc.).

Escribe entonces Paz que tanto México como el resto de los países de América Latina dada su particular circunstancia tienen que encontrar su propia Modernidad «en cierto sentido deben inventarla». No se trata de una invención de la nada sino de una invención en sus palabras «a partir de las formas de vivir y morir, producir y gastar, trabajar y gozar que ha creado nuestro pueblo». Esta tarea requiere realismo e imaginación, se refería al renacimiento de la creatividad al mismo tiempo que al dominio de las artes, políticas y ciencias, cosas que no se pueden hacer al margen del análisis y la crítica. En 1978, entiende el poeta que ésta era la tarea que la circunstancia histórica le había encomendado a su generación y a la siguiente, sin embargo, apunta que antes de emprender la crítica de nuestras sociedades, de la historia y del presente, los escritores hispanoamericanos así como todos los demás pueden empezar por la autocritica, pues ésta es el antídoto contra las ideologías ortodoxas.

Por esta razón, consideramos que la Modernidad para Paz no es un puerto sino un punto de partida sin las solemnidades de una filosofía de la historia metahistórica que nos haga inmunes a la crítica. En *El ogro filantrópico* asegura que lo primero que hay que hacer es curarse de la intoxicación de las ideologías simplistas y simplificadoras.

Queremos simplemente dejar anotado que hay un nexo de conexión innegable entre la Modernidad crítica de *El ogro filantrópico* y el discurso *En busca de la Modernidad* proclamado al recibir el premio Nobel que en este texto no se incluye y que sin embargo nos muestra cómo sus reflexiones acerca de la Modernidad continuaron a lo largo de su vida. El poeta retrata cómo una persona permanece continuamente en la búsqueda de sí mismo; persistentemente atento a las ideologías que simplifican el mundo haciéndolo rehén de una visión monolítica. Al contrario, la Modernidad que se sabe siempre, para decirlo con el novelista francés Marcel Proust *En busca del tiempo perdido* (1913) acepta el reto poético y filosófico de estar en continua tensión reflexiva, crítica contra la propaganda que no sirven para esclarecer sino para levantar densas murallas infranqueables.

Octavio Paz publica en mayo de 1982 un artículo titulado «La tradición antimoderna», que es el segundo texto del poeta que nos ocupa en esta ocasión, donde entiende por América Latina el conjunto de países formados por las naciones hispanoamericanas, Brasil y Haití. Parte de la base de que los nombres que pretende designarla ni siquiera son exactos. Señala que la noción de América Latina, América Hispánica, Iberoamérica, Indoamérica, etc. Es parcial pues deja sin nombrar a una parte de la realidad de la que estamos hablando. Tampoco le valen las etiquetas económicas sociales ni políticas. Así, por ejemplo, la noción de subdesarrollo podría ser aplicada a la economía y a la técnica pero no al arte, la literatura, la moral o la política; lo mismo pasa con la idea del Tercer Mundo. Los latinoamericanos hablan español o portugués, somos o hemos sido cristianos, nuestras costumbres e instituciones así como las artes y la literatura vienen de España y Portugal y, por esta razón, somos, nos dice Paz, un desarrollo ultramarino de Europa. A pesar de que nos sitúen en ese común denominador simplificador y simplista como es tercer mundo nos confiere una serie de diferencias.

En este artículo el poeta reclama la lucha contra la propaganda simplificadora que oculta la heterogénea realidad, por ejemplo, la presencia de elementos no europeos tal y como se da en muchas naciones latinoamericanas, se refiere a los núcleos indígenas y negros. No obstante habría excepciones como Uruguay, Argentina y en menor medida Chile y Costa Rica. Los propios indígenas, a su vez son descendientes de civilizaciones de México, Centroamérica y Perú, también hay poblaciones nómadas aunque resulta una minoría, unos y otros han afinado la sensibilidad y excitado la fantasía de nuestros pueblos; también muchos rasgos de la cultura, mezclados a los hispánicos aparecen en nuestras creaciones, instituciones y costumbres.

Una diferencia procede de una circunstancia olvidada: el carácter peculiar de la civilización de occidente tal y como emana de España y Portugal. Se refiere a sus rivales que son ingleses, holandeses y franceses: tanto españoles como portugueses estuvieron dominados durante siglos por el Islam.

Otra diferencia habría sido, en opinión de Paz, la más determinante, tanto la reforma luterana como el renacimiento italiano así como la expansión europea en Asia, América y África. Tales movimientos se inician por los descubrimientos de conquistas de portugueses y españoles. No obstante, inmediatamente después y con igual ímpetu Portugal y España se cierran sobre sí mismas en un claro ejemplo de lo que no puede ser la

Modernidad. La Modernidad de Portugal y de España son antimodernas; escribe el poeta que la expresión más completa, radical y coherente de esa negación fue la Contrarreforma y es que la monarquía española se identifica monolíticamente con una fe universal y con una interpretación de esa fe igualmente monolítica.

Para Paz el siglo XVII es el gran siglo, Velázquez y Zurbarán, Lope de Vega y Góngora, la arquitectura y la neoescolástica. Sería inútil buscar entre estos nombres los de Descartes, Spinoza, Galileo o Newton.

Fue la teología de la Contrarreforma la institución que cerró las puertas de España al pensamiento moderno. De ahí que Paz vea el siglo XVII como las dos caras de una misma moneda, es decir, un *nacimiento de crepúsculo*, una Modernidad que acabaría traicionándose así misma al yuxtaponerse en vez de querer ver lo que ocurría en otros países de la mano de la ciencia, la política o la religión. Queremos señalar la opinión de Leopoldo Zea al respecto:

El mundo iberoamericano se encuentra frente a un mundo dentro del cual se siente inadaptado: el mundo moderno. Mientras los países iberoamericanos permanecían en el mundo de ideas y creencias, de hábitos y costumbres establecidos por los poderes de la Península Ibérica, el resto del mundo marchaba por otros caminos distintos. Caminos que, ante los sorprendidos ojos iberoamericanos, se presentaban como opuestos y casi inconciliables con los que ellos habían recibido como herencia. Inglaterra con su revolución industrial y sus instituciones políticas; Francia con su revolución política e ideológica, y los Estados Unidos con sus nuevas instituciones de carácter liberal y democrático mostraban otras rutas al mundo.¹⁹

Este claroscuro es más violento en América. Desde los ensayos de Montaigne ya se habla de los horrores de la conquista; pero también habría que recordar las creaciones americanas de España y Portugal en el continente americano. Así por ejemplo, se fundaron sociedades complejas, ricas y originales. Un doble eje reglamentaba los virreinos y capitanías, uno era vertical y el otro horizontal. El primero es jerárquico conformando a la sociedad bajo el orden de las clases y grupos sociales. Mientras que el eje horizontal gracias a la pluralidad de jurisdicciones y estatutos une en una intrincada red de obligaciones y derechos a la pluralidad de grupos sociales y étnicos cada uno de los cuales lleva en sí sus propios particularismos.

[19] Cfr. Zea, Leopoldo.: *Filosofía de la cultura latinoamericana*. Caracas: Centro de estudios latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1976, p. 179.

Indica Paz que la arquitectura es el espejo de las sociedades, sin embargo, se trata de una línea con su filosofía de Modernidad: siempre buscándose, en otras palabras, resulta un espejo que nos presenta imágenes enigmáticas que tenemos que descifrar.

Se refiere al neotomismo como un pensamiento destinado a defender la ortodoxia de las herejías luteranas y calvinistas que fueron en Europa las primeras expresiones de la Modernidad, a diferencia del resto de tendencias filosóficas, el neotomismo no fue un método de exploración de lo desconocido, sino un sistema de autodefensa y autoafirmación de lo sabido y establecido. Así, la Edad Moderna filosófica comienza con la crítica de los primeros principios; por su parte, la neoescolástica española se propone defender los principios y demostrar su carácter eterno, necesario e intocable.

Sin embargo, y ésta es la clave más importante para entender el sentido que tiene la Modernidad para Paz, en el siglo XVIII la filosofía neotomista española se va a desvanecer en el horizonte intelectual de América latina. Nuestros intelectuales van a abrazar sucesivamente el liberalismo, el positivismo y ahora (recordemos que escribe en 1982) el marxismo leninismo. Pero la tesis del autor mexicano es que, sin embargo, en todos estos casos sin distinciones de filosofías se advierten las actitudes psicológicas y morales de los antiguos neoescolásticos. Acaso estamos ante otra paradoja. Paz contesta, paradójica Modernidad, las ideas son de hoy pero las actitudes son de ayer: sus abuelos, escribe el poeta juraban en nombre de Santo Tomás y los actuales en nombre de Carlos Marx. Para ambos se trata de una modernidad en contradicción al menos aparente porque la verdad y la razón se encuentran al servicio de una única verdad y la misión del intelectual es defenderla

Estimamos que la categoría de Modernidad que une a Touraine y Paz se vislumbra a través de esa noción de sujeto como proyecto vital que tiene, si se hace hincapié en su propia cultura o en las culturas que haya podido vivir, reinventarse así mismo para salvar a su propia circunstancia o cultura de quedar aherrojada bajo el formato de una antimoderna concepción que lucha por la homogeneización del ser humano y de la vida. A diferencia del multiculturalismo radical y del fundamentalismo religioso que a veces vienen unidos y pretenden una identidad del ser humano basada en una tradición a la que se nos convoca como agentes pasivos de la tradición, único sujeto posible de la historia y que, efectivamente, la historia lo demuestra, es entonces cuando se hace imposible contestar afirmativamente a la pregunta del título de Alain Touraine

¿Podremos vivir juntos?, la Modernidad de la unidad-multiplicidad señalada a lo largo de ella misma es el camino a seguir tanto en las diferencias como en la unidad de las culturas ya que se trataría de una percepción del mundo como parte del proyecto vital de cada persona o de cada sujeto. La Modernidad encierra así una paradoja que estos autores han visto de forma clara cada uno desde su propio análisis. Si el sujeto en la reflexión de Touraine es un proyecto vital que, consiste en la reinención de la vida misma a través de cada perspectiva que es cada hombre en cada cultura, entonces tendríamos que llegar a la conclusión de que la Modernidad no es un estadio histórico determinado, no es un episodio de la historia acabado y dejado atrás, sino al contrario, es el presente de la consecuencia de una ontología contingentemente plural que escapa a cualquier tipo de homogeneización. La diferencia entre el pasado como tradición que tenemos a nuestras espaldas y el presente que vivimos sin poder asirlo es, lo que hace decir a Paz que a la Modernidad no podemos atraparla con nuestras manos.

El presente siempre será objeto de críticas por imperfecto, ya que la verdad y el orden social para el fundamentalismo y el multiculturalismo radical están dados al margen de la subjetividad, de esa pluralidad inconvertible de perspectivas que es la sociedad civil moderna.

Bibliografía

LAFAYE, J. Octavio Paz en la deriva de la Modernidad, México: F.C.E. 2013, 253 p.

ORTEGA Y GASSET, J. *El espectador*, 4ª ed. España: Editorial EDAF,

_____ : *Meditaciones del Quijote*, Madrid: Cátedra, 1984

_____ : *Sobre la razón histórica*, Madrid: Revista Occidente Alianza Editorial, 1996 223 p.

_____ : *Obras completas*. Vol. I. Madrid: Taurus, 2004.

PAZ, O. *Obras Completas*. FCE: México. 2004. p. 596

_____ : *El laberinto de la soledad*. Posdata «*Vuelta al laberinto de la soledad*». México: FCE, 2007, 309 p.

_____ : *El ogro filantrópico: Historia y política*. México: Seix Barral, 1979.

TOURAINÉ, A. *¿Podremos vivir juntos?* 2ª ed. México: FCE, 2003.

ZE, L.: *Filosofía de la cultura Latinoamericana*. Caracas: Centro de estudios latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1976.